

EL MAESTRO UNIVERSITARIO COMO FORMADOR DE LA VIRTUD MORAL A LA LUZ DE TOMÁS DE AQUINO

I. La misión y sentido de la Universidad: Contextualización del tema

El filósofo Michael Levine decía que tener un hijo no lo convierte a uno en padre, como tener un piano no lo hace a uno pianista. Esta gran verdad que nos habla de la necesidad de una acción concreta y debidamente orientada de parte tanto del padre, como del músico, bien puede aplicarse al ámbito universitario: ¿Es suficiente con tener una cátedra en una universidad para ser un maestro universitario? De ningún modo es suficiente. Sobre todo, al constatar que hay en la actualidad muchos profesores y pocos maestros. Pero la pregunta es qué es lo que se le ha de exigir a aquel que tiene una cátedra para que se le otorgue el nombre de maestro, además de la simple acción de dar clases.

Desde luego, examinando el panorama de la universidad actual, la respuesta bien podría ser que lo que se le exige es la imperiosa necesidad de innovar en materia metodológica. La influencia de las corrientes pedagógicas actuales en el ámbito de la educación superior ha sido tal que pareciera que el verdadero maestro alcanza su perfección en tanto que sea capaz de dominar y utilizar convenientemente un sinnúmero de herramientas pedagógicas que lleven al alumno a ser constructor de su propio conocimiento. La mejora de la formación de los estudiantes estaría centrada, según esto, en una mera capacidad técnica y creativa. Según sostiene Zabala: “se puede pensar en el profesor universitario como un experto en metodologías pedagógicas, porque su principal misión es preparar a los estudiantes para la vida profesional”¹. Evidentemente que la innovación en sí misma no tiene nada de problemático, el problema es cuando la obsesión por la innovación de los métodos de enseñanza provoca el olvido de aquello que es esencial a la tarea universitaria, materia esta última (la esencia de la universidad) sobre la que no se puede innovar si se busca mantener y hacer crecer la institución.

Y aquí aparece una cuestión importante, porque entendemos que es muy difícil pensar en el sentido de la docencia universitaria en general y de su específica formación moral, como nos hemos propuesto, de manera separada o desligada de aquello en lo que consiste esencialmente la Universidad. Esta no es solo una sociedad en la que se estudian distintas disciplinas, sino que es aquella comunidad en la que se cultiva un

¹ ZABALA, M.A. *Competencias docentes del profesorado universitario. Calidad y desarrollo profesional*. Narcea, Madrid, 2011.

saber superior, un saber que aspira a dar razón de todo desde la más profunda unidad. *Universitas*, precisamente, hace alusión a esa unidad, a ese pensar toda la realidad desde lo uno. Es cierto que se estudian y aprenden ciencias diversas, pero solo en la medida en que el conocimiento humano avanza en orden al perfeccionamiento y desarrollo del propio ser humano. Como señala Polo, en la más profunda tradición tomista: “El saber superior es lo que da el carácter universitario a la universidad. Una universidad no está pensada para suplir necesidades de otros niveles educativos, sino para acrecentar el saber acumulado en las distintas disciplinas mediante la investigación, la comunicación y discusión de los más altos conocimientos adquiridos en un momento histórico determinado”².

Encontramos clara confirmación de ello en el simple hecho de que desde los mismos tiempos del Doctor Angélico la universidad ha sido definida como “ayuntamiento de maestros y discípulos con voluntad de entendimiento de aprender los saberes”³. Dicho en términos actuales, bien se la podría definir siguiendo a Juan Pablo II, como la comunidad de maestros y discípulos que se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor al saber y a la verdad”⁴. Es solo en este horizonte que puede pensarse convenientemente la acción del maestro universitario y así creemos que lo pensó Tomás, porque el maestro universitario aparece claramente a lo largo de toda su obra como aquel ser humano que causa ciencia en otro.

II. El maestro y su acción propia en Tomás de Aquino

Tomás de Aquino trata el tema del maestro en diversos lugares. En la obra *De Veritate* afirma con total claridad que “el maestro es causa de la ciencia”⁵. En el artículo 3 de la misma cuestión dice: “Quien enseña... causa el conocimiento de la verdad en quien aprende”⁶. El maestro es quien enseña la verdad y, por tanto, perfecciona la inteligencia de sus discípulos. En la *Summa Contra Gentiles* aparece la misma idea: “El maestro causa la ciencia en el discípulo”⁷. A diferencia del tratamiento que le da a la cuestión en el *De Veritate*, se esfuerza santo Tomás aquí por mostrar cómo esa causalidad real y verdadera que ejerce el maestro sobre el discípulo es al modo del arte,

² POLO, L. *El profesor universitario*. Universidad de La Sabana. Colección Investigación-Docencia, Bogotá, n. 4, 1997.

³ ALFONSO X. *Siete Partidas*, partida II, tit. XXXI.

⁴ JUAN PABLO II. *Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae*, n. 12.

⁵ “Doctor est causa scientiae” (TOMÁS DE AQUINO. *De Veritate*, q.11, a.1, in c.).

⁶ TOMÁS DE AQUINO. *De Veritate*, q.11, a. 3, ad 6.

⁷ TOMÁS DE AQUINO. *Summa contra gentiles*, L. II, c. 75

esto es, en cuanto que se busca imitar aquello que la misma naturaleza realiza, pero no cambia lo que es esencial a la acción del maestro que, como hemos dicho, es enseñar la ciencia. Así dice explícitamente que “la ciencia es causada en el discípulo por el maestro no por acción natural, sino por acción artificial”

En su obra de madurez, la *Summa Theologiae*, la doctrina sobre el maestro sigue inalterable. En la cuestión 117 de la I parte dice Tomás de Aquino que “el que enseña causa ciencia en el que aprende”⁸ y esa es la razón por la que con verdad puede llamarse verdadero maestro. Aparece aquí de modo más claro que según el Aquinate se es maestro por ser causa de la ciencia, no por otra cosa. En efecto, el maestro, a través de su acción propia que es el enseñar, ayuda a otro a que adquiera el saber.

La pregunta que puede plantearse, entonces, sería: si el maestro es aquel que forma hábitos intelectuales, ¿dónde queda la formación del estudiante en el orden moral? ¿Significa esto que el maestro es un mero transmisor de conocimientos e informaciones y de ningún modo debe ocuparse de la formación integral de sus alumnos? ¿Es verdad entonces que el maestro debe limitarse a perfeccionar sus metodologías para que el alumno llegue a tener “opiniones propias” de tipo cognoscitivo desligándose de cualquier otra finalidad?

La respuesta evidentemente es “no”. De ninguna manera es ajena al maestro universitario la formación moral de sus estudiantes, ya que el fin primario que la universidad debe prestar a la sociedad, esto es, el cultivo del saber superior, supone una profunda contribución al bien común de la sociedad, lo que se vuelve imposible sin el aumento de la virtud personal de cada uno de sus estudiantes. En efecto, la actitud sapiencial que busca integrar todo conocimiento en la unidad del “saber” no puede constituirse en un fin último desligado de cualquier otro. En su consideración sobre la acción del maestro, siempre tiene Tomás de Aquino presente que “todas las artes y todas las ciencias se ordenan a una sola cosa, a saber, la perfección del hombre en que consiste su felicidad”⁹. De allí que no se puede entender la tarea universitaria sin considerar el servicio a la plenitud de la persona. Un maestro, que sabe que su acción se ordena a la formación de sus estudiantes, no puede desconocer dicha responsabilidad. No puede tener la enseñanza de su ciencia o la publicación de artículos como fin último y exclusivo de toda su actividad. En el centro del saber está la dignidad del ser personal. Por ello, aquel que vive del cultivo de la ciencia y del amor a la verdad, por razón de su

⁸ TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I, q. 117, a.1, in c.

⁹ TOMÁS DE AQUINO. *Comentario a la Metafísica de Aristóteles*. Proemio.

misma vocación, no solo ha de contar con una profunda y arraigada formación humana, sino que debe velar también por la elevación moral de sus estudiantes.

III. El maestro universitario y la formación en virtudes morales

La formación humana y virtuosa que le corresponde al maestro universitario en orden a procurar esa elevación interior de los estudiantes, desde luego, no se reduce a la impartición de clases de ética en la universidad –aunque siempre es bueno que se impartan–, ni a que cada maestro se dedique a educar virtuosamente a sus alumnos, sino que antes y de modo principal debe ser realizada dicha elevación moral en el seno de esa íntima relación de comunión entre el maestro y su discípulo orientada a la búsqueda de la verdad y al avance de la ciencia. Lo cual, a nuestro juicio y siguiendo siempre a Tomás de Aquino, se realiza de dos modos principales:

1. En razón del mismo testimonio de vida que presenta el maestro

La formación moral, cualquiera sea el ámbito en el que la consideremos, no tiene gran misterio: solo puede realizarse por aquel que posee una sólida formación humana y moral. No se puede dar lo que no se tiene. Pero, además, no se realiza por vía intelectual, esto es, enseñándole teóricamente lo que es el buen obrar humano, sino que se comunica ofreciéndole un testimonio vivo de búsqueda constante y firme del bien humano. Dicho de otro modo, presentándole una vida que, por su belleza e integridad, vale la pena ser vivida, posibilitando que el estudiante se mueva desde sí a vivirla también. No debe pensarse la formación en virtudes morales como la acción del escultor o del carpintero que moldea la materia y consigue, en virtud de su sola acción, un determinado efecto. La comunicación de vida moral se realiza por modo de atracción, por esa atracción que causa el bien en el apetito en tanto que es difusivo de sí mismo¹⁰. En este sentido, la formación que ejerce el maestro no consiste tanto en una acción hacia afuera, que busque modificar exteriormente las conductas del estudiante, sino sobre todo en una exigencia y rigurosidad para consigo mismo en la práctica y vivencia de la virtud moral. Es un volver hacia adentro y hacerse más humano, lo que puede posibilitar mover al alumno a imitar esa vida. Cuando el maestro enseña, no puede desprenderse de sus convicciones personales, ni mucho menos de su modo de entender y vivir su propia vida. De tal modo que será siempre un ejemplo que puede mover y orientar la vida de un estudiante en orden al Bien más pleno. El verdadero maestro no puede, por tanto, olvidar esta preocupación por su propio crecimiento en virtudes morales.

¹⁰ TOMÁS DE AQUINO. *Summa contra Gentiles*, L.I, CAP.37, N.5.

2. En razón de aquello que es esencial a la actividad docente: la contemplación y enseñanza de la verdad, acompañada de un profundo amor hacia ella.

¿Qué debe hacer un verdadero maestro si quiere formar moralmente a sus estudiantes? Enseñar la verdad de la ciencia que previamente ha contemplado y que ama de tal modo que busca que otros quieran conocerla. Cuando decimos que el maestro debe considerar en su acción la formación moral de sus discípulos, no estamos pensando en que deba dejar de hacer lo que hace habitualmente para dedicarse a algo diverso, como sería forjar el carácter de los jóvenes. Debe, sencillamente, enseñar la verdad de su ciencia o disciplina, dado que la educación moral no está separada, en el orden universitario, de la formación intelectual¹¹.

Ahora bien, dicha enseñanza de la verdad, ese causar la ciencia en otro que es la acción del docente, se realiza a través de una palabra, porque toda transmisión de conocimiento verdadero se realiza mediante palabras o instrumentos sensibles, que operan como signos. Pero, evidentemente, no es la palabra sensible, la palabra exterior en tanto que tal la que es capaz de comunicar la ciencia, sino una palabra que sea signo de la palabra interior, aquella en la que el hombre ha conocido y contemplado la realidad. No basta, para enseñar, la naturaleza racional del maestro, ni tampoco basta con su capacidad de proferir palabras sensibles, sino que es necesario, como afirma el Aquinate, “que aquel que enseña o es maestro, tenga explícita y perfectamente la ciencia que causa en otro”¹².

De allí que ese *verbum doctoris* sea primordialmente palabra pronunciada en el interior de la mente. Solo si el maestro ha dicho en su interior lo que las cosas son, solo si ha juzgado sobre la realidad, puede dirigirse al entendimiento de otro a través de palabras sensibles. La docencia no es la mera expresión de palabras extrínsecamente sobrevenidas, sino un verdadero decir una palabra que brota del corazón, de lo más íntimo del ser del maestro. Palabra que será más profunda y comunicativa, cuanto más arraigada esté en un saber superior, un saber que dé sentido y razón a todas las ciencias. No basta con saber verdades de ciencia, sino que es preciso conocer esas verdades en su dependencia con los principios primeros, de modo que los juicios de la ciencia estén debidamente probados y demostrados. Por eso dice el Aquinate que “si alguien propone cosas a otro que no están incluidas en los principios patentes por sí mismos, o cuya

¹¹ AMADO, A. “Educating in Virtue within the Biomedical Disciplines”, en CARRASCO, I. – PAGLIA, V. – PEGORARO, R. *Virtues in the Ethic of Life*. Pontifical Academy for Life, Roma, 2017, p. 153.

¹² TOMÁS DE AQUINO. *De Veritate*, q.11, a.2, in c.

inclusión no se manifiesta, entonces no comunicará ciencia, sino probablemente opinión o fe”¹³. Esta afirmación no deja de ser interesante porque solo del que posee la ciencia se dice que “sabe” y que puede enseñar, porque sus conocimientos están ubicados en el orden de la sabiduría. Alcanzar ese “saber” exige una seriedad y dedicación que no compromete solo las dimensiones cognoscitivas del que enseña, sino toda su persona. En este sentido, querer, por parte del maestro, formar en virtudes morales a sus alumnos supone primeramente hacerse más sabio, lo cual lleva consigo de modo necesario formas de ser propias de aquel que está comprometido con el saber, con el conocimiento, con la mejora personal. Virtudes como la humildad, la constancia, la diligencia, la laboriosidad, la seriedad, el orden y la responsabilidad, entre otras, deben resplandecer en el maestro que enseña y hacer atractiva al mismo estudiante una vida según la verdad.

Ahora bien, esa palabra engendrada en el corazón y en la mente en la que el maestro posee el saber, debe estar precedida de un recto y sincero amor al discípulo, para quien se quiere su crecimiento intelectual y moral, pero sobre todo de otro amor previo y fundante que es el amor a la misma verdad conocida. La palabra con la que enseña el maestro ha de ser una palabra amada, esto es, una palabra que brota del amor que el maestro tiene por la misma verdad que busca enseñar. En dicha palabra el maestro no solo comunica y transmite una verdad determinada correspondiente a un orden científico, sino una verdad amada, ligada íntimamente a su misma vida y a lo que en ella tiene sentido para él. Ese amor está implícito en todo lo que el maestro dice y en todo lo que el maestro hace. Por eso no es lo mismo que la ciencia sea engendrada por un amor a sí mismo o a la propia fama o éxito, que lo sea desde un amor a un bien que le trasciende. Ese amor gratuito a la verdad y al alumno es el que le lleva a estudiar con seriedad, a preparar sus clases de un modo determinado, a presentar los contenidos con unas palabras adecuadas y de una manera que permita a sus estudiantes entender. Ese amor es el que se manifestará en el trato, en el respeto exquisito por la dignidad de sus alumnos, en la paciencia y perseverancia, en su ánimo alegre a pesar de las dificultades, etc. Es ese amor el que posibilita que la verdad se presente a sus estudiantes no solo como verdadera, sino como teniendo una bondad que la hace amable también a ellos, en tanto que aprecian y descubren el amor que tiene por ella su maestro. Sobre esto señala Steiner refiriéndose al verdadero maestro: “Es alguien que goza de un aura casi física, y

¹³ TOMÁS DE AQUINO. *De Veritate*, q.11, a.3

en quien resulta tangible la pasión que desprende. Alguien de quien uno puede pensar que le gustaría llegar a ser como él, hecho que no tiene que ver con la ambición sino con algo parecido al amor”¹⁴.

El amor a la verdad conocida y contemplada en el interior, que es participación del amor a la Verdad que es fin de la misma vida humana¹⁵, es el principio de toda elevación moral en los estudiantes, puesto que es lo que lleva a vivir de acuerdo con ella. Es en razón del amor a la verdad que el maestro universitario se entrega a sí mismo por el bien de los alumnos. Así lo enseña el mismo Tomás de Aquino: “Puesto que debemos tener amistad con ambos, a saber, con la verdad y con el hombre, debemos amar más a la verdad que al hombre, puesto que al hombre lo debemos amar por la verdad. La verdad es el amigo super-excelente al que se debe la reverencia del honor; la verdad es pues algo divino, pues en Dios se encuentra primera y principalmente”¹⁶. La Universidad no es la casa, no es el espacio familiar, donde los hijos son amados incondicionalmente. El orden propio de la vida universitaria está dado por el amor y la comunicación del saber que redundan en el bien común de la sociedad. Desde luego que se ha de amar al alumno, como lo hemos dicho más arriba, pero es en razón de aquello que es propio de lo académico, esto es, en tanto se busca que él también sea capaz de amar, conocer y comunicar a su vez la verdad a otros. Ese es el criterio según el cual el maestro les dedica tiempo a los alumnos, los acompaña, los aconseja, los anima, incluso, los corrige y reprende, hasta el punto de que es posible que en torno a ese diálogo en el que aparece el común amor de ambos a la verdad, nazca la amistad entre maestro y discípulo, lo cual es causa y fuente de muchos otros bienes¹⁷. Este amor al saber que se manifiesta en la palabra del maestro al enseñar la verdad es o puede ser causa de la acción por la que el alumno se mueve a sí mismo y desde sí mismo a poseer ciertas virtudes que le hacen más y mejor persona. La dedicación a la tarea científica y académica, enseñaba Álvaro del Portillo, “ha de estar acompañada de una conducta digna, noble, limpia y esforzada, por exigencia del propio ideal académico, ya que el amor a la verdad, si es auténtico, repercute en todos los ámbitos del vivir, del pensar y

¹⁴ STEINER, G – LADJALI, C. *Elogio de la transmisión*. Siruela, Madrid, 2005, p. 129.

¹⁵ “El primer motor del universo es el entendimiento. El último fin del universo, es pues, el bien del entendimiento, que es la verdad. Es razonable en consecuencia, que la verdad sea el último fin del universo y que la sabiduría tenga como deber principal su estudio” (TOMÁS DE AQUINO. *Summa contra Gentiles*, L I, c. 1).

¹⁶ TOMÁS DE AQUINO. *Comentario a la Ética a Nicómaco*. L. I, l. 6, n. 4.

¹⁷ AMADO, A. *Op. Cit.*, p. 163.

del sentir”¹⁸. Podemos agregar nosotros también: repercute en el ámbito del enseñar universitario.

IV. Conclusión

Como se ha podido apreciar, no se trata de que además de enseñar la verdad el maestro debe formar virtudes, sino que, en la misma enseñanza de la verdad, estando esta animada por una recta intención que aspira a los más altos bienes humanos, el maestro es capaz de cooperar en la formación de personalidades sólidas que pueden elegir aquello que es bueno y perfecto para ellos y para la comunidad. De allí que la formación humana y moral del maestro, su disposición a vivir para los alumnos y para la verdad, no es algo de lo que el maestro pueda prescindir si quiere ser verdadero maestro, sino que es parte constitutiva de su ser. Preferir la verdad, amarla y enseñarla no es solamente un acto propio de la capacidad cognoscitiva del intelecto humano, sino también un acto propio de la voluntad que busca el bien y con ello, la realización más plena de los estudiantes y del propio maestro. Por eso, lo que constituye al maestro en universitario, lejos de ser el manejo o utilización de una determinada metodología innovadora, es el amor y la búsqueda de la verdad junto a otros; su comunicación a los alumnos de un determinado modo; y la contribución y ayuda al bien de la persona del estudiante, lo cual supone no solo la formación de su intelecto, sino también su elevación humana por medio de las virtudes morales.

Mariano Bártoli

¹⁸ Citado en: ECHEVARRÍA, J. *Una vida de fidelidad. Un homenaje a Monseñor Alvaro del Portillo*. Eunsa, Pamplona, 1995, p. 27.

**EL MAESTRO UNIVERSITARIO COMO FORMADOR DE LA VIRTUD MORAL
A LA LUZ DE TOMÁS DE AQUINO**

En esta comunicación se busca reflexionar sobre la acción propia del maestro universitario. Partiendo de que Tomás de Aquino sostiene que el maestro es aquel que causa la ciencia en otro, se intenta descubrir si eso le exime de cualquier responsabilidad en relación a la formación moral de sus alumnos o, por el contrario, y precisamente por ser aquel que busca y enseña la verdad, el maestro está llamado a comunicar con su enseñanza ejemplo de vida virtuosa para que sus alumnos se muevan desde su libertad hacia ello.